



DIOCESE OF PATERSON

Diocesan Center
777 Valley Road
Clifton, New Jersey 07013

(973) 777-8818 Fax (973) 777-8976

Office of
THE BISHOP

La Cuaresma y la Victoria del Cordero

A los sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas y a todos los fieles,

La gracia y la paz de Dios nuestro Padre y el Señor Jesucristo estén con Ustedes. (2 Cor. 1:2)

Con el Miércoles de Ceniza, entramos al tiempo santo de la Cuaresma. Estos cuarenta días antes de la celebración de la Resurrección el Domingo de Pascua, son días de oración, penitencia y obras de caridad. Tiene su origen en la práctica de preparar a los catecúmenos quienes son incorporados a la Iglesia mediante el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía el sábado Santo, en la celebración de la Vigilia Pascual. Todos nos unimos en este tiempo de gracia, para renovar nuestro compromiso con Cristo y con la Iglesia, la cual Cristo nos ha dejado en este mundo, como signo e instrumento de salvación. (cf. *Lumen Gentium*, 1).

Estos días llenos de gracia nos llaman a ser santos. Todos somos llamados a ser santos, no únicamente los que están en los claustros, o comprometidos en el ministerio. La santidad es la vocación de todos nosotros los bautizados. "En la Iglesia, todos, ya sea que pertenezcan a la jerarquía, o estén bajo el cuidado de ella, son llamados a la santidad, de acuerdo a las palabras del apóstol: 'Porque ésta es la voluntad de Dios, su santificación'" (*Lumen Gentium*, 5). Para ayudarles a prepararse con mayor disposición durante este tiempo santo, quisiera ofrecerles la siguiente meditación bíblica para animarlos a entregarse a "El que puede realizar mucho más de lo que pedimos o imaginamos, por su poder actuando sobre nosotros" (Ef. 3:20).

No estamos solos ante el drama de nuestra respuesta humana a la bondad de Dios. En las Sagradas Escrituras, hay dos figuras que se niegan a ser indiferentes a nuestra lucha humana: la serpiente y el Cordero. Cada uno personifica una opción. La primera a la propia autonomía; la segunda, a la libertad verdadera.

El libro del Génesis nos muestra el mundo hecho de manos del Creador. Y es bueno. El primer relato de la creación (Gen 1:1 – 2:4) repite la frase siete veces que el mundo es bueno (1:4.10.23.18.21.25.31). El número siete representa la perfección. Así, el mundo no es ni incompleto ni deficiente, ya que viene de Dios. Más bien, corresponde al diseño de Dios; hay orden. De esta manera, el Génesis nos lleva a sentirnos optimistas ante el mundo. Todo lo que Dios crea tiene un propósito.

Con una solemnidad única, el Génesis introduce la creación del hombre y la mujer: “Dijo Dios: ‘Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza’” (Gen. 1:26). Dios es descrito deliberando sobre la creación del hombre y de la mujer. Esto enfatiza la dignidad especial que viene de la opción de Dios. El hombre y la mujer son la obra culminante de la actividad creadora de Dios.

De acuerdo con el Génesis, nuestra relación con Dios difiere a la de las demás criaturas. Estamos dotados con libertad humana y llamados a cooperar con el plan de Dios para su mundo. Dios ha confiado en nuestras manos la administración de su creación (Gen. 1:26-30). De hecho después que Dios nos dio “dominio sobre los peces del mar, las aves del cielo, y sobre todo ser viviente que se mueve sobre la tierra”, (Gen. 1:28), “vio que todo cuanto había hecho era muy bueno” (Gen. 1:31). El futuro de su mundo depende de nosotros y Él ve esto como algo “muy bueno”. ¡Qué afirmación tan grande sobre nuestro potencial humano!

Sin embargo, la segunda narración de la creación (Gen. 2:4 – 3:24) expone el riesgo que Dios ha tomado al darnos un papel tan difícil de alcanzar dentro de su plan. Adán y Eva debieron elegir entre ser buenos administradores del mundo según el plan de Dios, o ser amos del mundo de acuerdo a sus propios designios. En éste segundo relato de la creación, por primera vez se introduce la serpiente en las Escrituras. Al final del Antiguo Testamento, se identifica a la serpiente como el demonio (Sab. 2:24). La serpiente arroja ante Adán y Eva la promesa seductora de que encontrarían la felicidad siendo independientes de Dios. Ellos aceptan su palabra y le dan la espalda a la palabra que Dios les había proclamado. Se pusieron por encima de Dios y su libertad terminó. “El padre de las mentiras” (Jn. 8:44) engañó a la humanidad. Esclavizados en la cárcel de sí mismos, ahora añoran por el que vendrá a redimirlos.

Bajo la imagen del cordero, Dios prepara a su pueblo para el Redentor que restablecerá la verdadera libertad. Cuando Israel es esclavizado por Egipto, Dios extiende su mano y rescata a su pueblo. En el gran evento del Éxodo, los israelitas cuyas casas son marcadas con sangre de cordero, son liberados de la muerte y puestos en el camino de la libertad, a través del Mar Rojo hacia la Tierra Prometida. Lo que la serpiente prometió, el cordero proveyó: la verdadera libertad.

Cuando el pueblo de Dios enfrenta constantemente la pérdida de su libertad bajo crueles opresores, los profetas mantienen la esperanza en el Mesías que los liberará, no simplemente de la opresión política, sino de la esclavitud del pecado. El profeta Isaías habla de éste Mesías como el que “ha sido contado entre los pecadores, cuando en realidad llevaba sobre sí los pecados de muchos, e intercedía por los pecadores”(Is. 53:12). Al Mesías se le aplica la imagen del cordero. “fue llevado cual cordero al matadero, como una oveja que permanece muda cuando la esquilan” (Is. 53:7). Lo que la serpiente prometió, el cordero proveyó: la verdadera libertad.

En el cuarto Evangelio, cuando Jesús aparece por primera vez públicamente en su ministerio, Juan el Bautista reúne todas las expectativas del Antiguo Testamento. Señalando a Jesús, el Bautista exclama a sus propios discípulos, “Ahí viene el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo!” (Jn. 1:29) En éste mismo Evangelio, cuando Jesús cumple la profecía de Isaías, “fue arrancado del mundo de los vivos y herido de muerte por los crímenes de su pueblo, “ (Is. 53:8), el evangelista nos dice que Jesús muere en la cruz en el mismo momento en que los corderos de la Pascua estaban siendo sacrificados en el templo. La muerte de Jesús y el sacrificio de los corderos coincidieron.

Jesús “fue llevado como un cordero; matado como una oveja. Nos rescató de nuestra servidumbre al mundo, así como rescató a Israel de la mano de Egipto. Nos liberó de nuestra esclavitud del demonio, así como liberó a Israel de la mano del Faraón. Selló nuestras almas con su propio Espíritu

y los miembros de nuestro cuerpo con su propia sangre” (San Melito de Sardis, *Homilía sobre la Pascua*). Jesús es el verdadero Cordero que quita nuestro pecado y nos ofrece la libertad auténtica.

En el último libro de las Sagradas Escrituras, la serpiente, el dragón y el Cordero enfrentan la hora final. Cada uno adopta una postura. El dragón es Satanás; él tiene su “propio poder y su trono, con un imperio inmenso” (Ap. 13:2). Ha sido capaz de seducir a individuos y naciones a que se aparten de la providencia sabia de Dios y a elegirse a sí mismos.

Opuesto al dragón está el Cordero. Él es victorioso. Está en el centro de la comunidad que lo adora en el cielo donde todos claman, “Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos, ya que tú fuiste degollado y por tu sangre compraste para Dios a hombres de toda raza, de toda lengua, pueblo y nación. Los hiciste reino y sacerdotes para nuestro Dios y dominarán la tierra” (Ap. 5:9-10).

No fue por simple coincidencia que el último libro de las Escrituras hable con frecuencia de Jesús el Redentor y se refiera a Él con el título de Cordero. El libro del Apocalipsis emplea el nombre de Jesús siete veces; veintinueve veces se refiere a Jesús como el Cordero. Por su muerte, Jesús logra conquistar el pecado y la muerte. Él nos da la verdadera libertad y la vida eterna.

En nuestra lucha humana de responder al llamado de Dios a entrar en una relación más estrecha de confianza y cooperación, la serpiente o dragón aparece como quien nos seduce y engaña. Sus falsas promesas de satisfacción, prepotencia y vanagloria, tratan de alejar nuestra mirada de la presencia amorosa de Dios y hacen que nos preocupemos sólo en nosotros mismos. El Cordero, sin embargo, nos guía a través de la muerte para abrirnos a la bondad de Dios que siempre está presente para compartir con nosotros las riquezas de su amor.

Durante este tiempo santo de la Cuaresma, entramos más profundamente en la victoria “del Cordero sacrificado desde el principio del mundo” (Ap. 13:8). Ya en nuestro Bautismo nos apartamos de Satanás. Hemos renunciado a sus obras; pero la lucha contra él no ha terminado. La serpiente aún está entre nosotros. Engaña a muchos con las ideologías materialistas que no dejan espacio para Dios y convence a otros que el consumismo y entretenimiento, pueden llenar el vacío en nuestro corazón humano.

Durante éste tiempo de gracia, nos abrimos al poder del Cordero cuya obediencia a la voluntad del Padre, nos fortalece para no devolver el mal con el mal, sino respondiendo únicamente con el bien. Debemos desear ser más mansos y humildes, ser más entregados y estar listos a someternos a la voluntad del Señor.

Como Jesús mismo, cuya vida fue una continua oración, debemos dedicar más tiempo a la oración personal y la oración de la Iglesia, en especial a la Eucaristía. Nuestra oración, especialmente la Eucaristía diaria cuando sea posible, nos une a Jesús que nos da la gracia de conocer la voluntad de Dios y la fortaleza para cumplirla. Hacemos nuestras las palabras de Cristo en su Agonía en Getsemaní: “que no se haga mi voluntad sino la tuya” (Lc. 22:42), para que nuestras obras se conviertan en lo que proclamamos: el cumplimiento del propósito de Dios en nuestras vidas.

Como Cristo entró en el desierto y ayunó por cuarenta días (Mc 1:12-13), nosotros ayunamos de las buenas cosas de este mundo, haciendo espacio para las más espirituales y duraderas. El ayuno nos vacía de los deseos mundanos que placent a la carne para así más fácilmente, hacer lo mejor para nuestro bienestar espiritual.

Y como Cristo cuya compasión conmovió a todos a su encuentro, practicamos aún más las obras de caridad generosa, como la limosna, buscando estar todos unidos en el amor. Nuestra limosna y obras caritativas, nos exteriorizan y nos alejan de nuestros propios intereses egoístas, para atender las verdaderas necesidades de los demás y al hacerlo, nos abrimos a Dios, pues nuestro amor al prójimo es nuestro amor por Dios.

Por medio de nuestra disciplina durante el tiempo de Cuaresma, nos preparamos para nuestro lugar en la gran Cena del Cordero, la gran Festividad de la Pascua donde el Cordero una vez degollado, nos libera y hace que su victoria sea también nuestra. Deseamos ser aquéllos de los que nos hablan en las Escrituras, "Estos son los que siguen al Cordero adonde quiera que vaya; estos fueron los primeros rescatados de entre los hombres para ser de Dios y del Cordero" (Ap. 14:4).

Dado en el Centro Pastoral de la Diócesis de Paterson, el Miércoles de Ceniza, 17 de febrero de 2010.

+ Arthur Serratelli
Reverendísimo Arthur J. Serratelli, S.T.D., S.S.L., D.D.
Obispo de Paterson

Hermana Mary Edward Spohrer S.C.C.
Hermana Mary Edward Spohrer, S.C.C.
Canciller / Delegada para los religiosos(as)

